PUNTO de EQUILIBRIO

CENTRO DE INVESTIGACIÓN | UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO

CRISIS ECONÓMICAS

Piezas de Lego, por Marco Ortiz

04 marzo, 2021

Vivimos una de las peores crisis de nuestra historia Republicana. La respuesta desde el Estado no solo ha evidenciado el abandono del sistema sanitario público, sino también un grave problema moral. La escasez de equipos médicos y personal que lo opere en los centros de salud es el espejo de ese país donde casi la mitad de los hogares no tiene refrigeradora y debe salir a procurarse los alimentos cada día.

Las cifras macro, siempre inasibles, arrojaron una caída del 11% del producto interno bruto para el año 2020. No obstante, lo macro siempre esconde muchas historias micro: el restaurante en quiebra, los inquilinos arrojados a la calle, la familia con deudas exorbitantes por gastos médicos, el operador de turismo sin ingresos, la vendedora de uniformes escolares con una campaña inexistente, las boletas del colegio impagables, etc. Si bien, la mayoría de los hogares sobrellevaría una caída de 11% de sus ingresos por un año, no sin ciertas dificultades, es claro que muchas familias han experimentado pérdidas económicas mayores.

Ensayar una respuesta de política ante este escenario no es una tarea sencilla. Los economistas, al menos quien escribe estas líneas, tienen una forma de entender el mundo que puede resultar útil para explicar las dificultades. La economía es la ciencia de asignar de forma eficiente. La eficiencia está siempre ligada a la idea de escasez, es decir, en economía lo que se busca es poder hacer más con menos. Los recursos siempre van a resultar escasos cuando se comparan con las necesidades y deseos de toda la población. Entonces, lo primero es entender que los recursos con los que se cuentan ya están ahí; como con el Lego, el famoso juguete danés, la tarea consiste en ordenar las piezas de la mejor forma posible para lograr el mejor resultado.

En 1776, Adam Smith brindó un gran aporte a la ciencia económica. Su famosa “mano invisible” indicaba que, si se permitía el libre mercado, las piezas se ordenarían solas y de la mejor forma. El sistema de precios funcionaría como señales que permitirían que las personas se pusieran en el lugar correcto e hicieran

lo mejor para la sociedad, dada la escasez. Estos precios cambiarían constantemente, porque las condiciones que enfrentamos también lo hacen. Cambios en la naturaleza, tecnología, o nueva información deberían llevarnos a movernos de sitio, a adaptarnos y encontrar nuestro mejor “nuevo lugar”.

Como sociedad hacemos eso siempre. Ante las condiciones cambiantes, debemos desarmarnos y rearmarnos. Deconstruir y reconstruir. Esa tarea no es sencilla, porque nadie está muy seguro de cómo debe verse la nueva figura. Dos cosas que deben quedar claras: la escasez y los cambios que nos llevan a movernos no son creados por el mercado. El mercado es el instrumento que nos ayuda a reorganizarnos, a cambiar de lugar cuando las circunstancias cambian, de la misma forma que una emperatriz nos pediría cambiar nuestras labores si surge una emergencia, hambruna o escasez de un recurso en particular. El mercado perfecto sustituye a ese “planificador central” imaginario.

La gran pregunta es ¿qué tan bien lo sustituye? Y aquí las opiniones variarán, pero en los años 1960 una serie de investigadores formalizaron esta pregunta. La forma en que respondieron esta pregunta fue imaginando a esa emperatriz benevolente que conoce todos las preferencias, restricciones y habilidades de cada persona en la sociedad y busca lo mejor para ellas. La labor no es sencilla, debe organizar de forma centralizada a toda la sociedad y determinar el consumo de bienes y uso de tiempo de cada persona que la integra. Luego, ante los cambios, debe reorganizar las piezas de la mejor manera. Sus resultados se llamaron los “Teoremas Fundamentales del Bienestar” y demuestran que, bajo ciertos supuestos, el mercado logra la misma asignación del “planificador central” benevolente y omnisciente.

Lamentablemente estos supuestos son bastante débiles. Con frecuencia el mercado falla y se requiere de cierta intervención para corregirlo. Pensemos, por ejemplo, en una falla clásica: las externalidades. Cuando la decisión libre y privada de una persona termina afectando directamente a otra, de forma negativa o positiva, puede surgir una externalidad. Por ejemplo, una fábrica que contamina sin considerar el impacto de sus residuos en el resto de la sociedad, o una persona que decide sacar el coche, sin pensar en el tráfico que le genera a los demás. Aquí, las decisiones privadas no generan necesariamente el mayor bienestar social.

Pongamos otro ejemplo: los bienes no excluyentes. Un bien no excluyente es aquél al que no se puede restringir el acceso de nadie. Esto puede sonar positivo, pero en realidad no lo es. En Perú es común que ciertos vecindarios tomen la decisión de, ante la inseguridad, contratar a un guardián privado, un guachimán. Quienes organizan la contratación pasarán casa por casa pidiendo la cuota correspondiente, pero no faltarán quienes digan que ellos no lo solicitaron o que no les parece necesario a sabiendas que si el resto de vecinos pone el dinero, ellos recibirán mayor seguridad de forma gratuita. Debido a que no se puede vigilar al vecindario

excluyendo a las casas que no pagan, se creará otra externalidad y, en ciertos casos, se prescindirá de un servicio que sí resultaba necesario para el vecindario.

Desde la perspectiva de mercado la pandemia hace que seamos potencialmente peligrosos para las personas con las que interactuamos, especialmente si no cumplimos las cuatro “C”: evitar lugares cerrados y concurridos en encuentros cercanos y constantes. En lenguaje económico contagiar es una externalidad, similar a la de crear tráfico con el auto. Nuestra decisión privada de salir a trabajar o visitar familiares, eleva la cifra de contagios, prolonga la pandemia y afecta a toda la sociedad. Más aún, no existe un mercado para estas interacciones. Si socialmente solo soportamos un número dado de interacciones para evitar que el virus se propague, no existe un mercado que limite ese número y cree “derechos de interacción”. Estos derechos crearían un precio, que nos permitiría entender, cual señal para reorganizarnos, cuán costoso es para toda la sociedad que una persona interactúe con otras o no.

En simple, si le pagaran a usted por evitar estas interacciones, quizás cambiaría su decisión. Obviamente si el costo de quedarse en casa supera ese precio, pues saldrá. La idea al final del día es que solo aquellas personas que tengan un costo de salir superior a ese precio salgan. Se limitarían las interacciones y la enfermedad se transmitiría más lentamente. Más aún, aquellas personas que necesitan salir porque viven del día a día, recibirían una compensación por quedarse en casa, al vender sus “derechos de interacción”, haciendo que quizás cambien de decisión. Además, siempre tendrían una cantidad de “derechos” asignados de los que dispondrían si necesitan salir e interactuar.

Este es el precio del que no disponemos. Esta señal ha sido reemplazada por un mensaje de “quédate en casa”, y una transferencia hacia los hogares más pobres, necesaria pero no bien enfocada. Hay mucha gente que sale más de lo debido porque no comprende el costo real de salir, de esto sobran ejemplos. También hay mucha gente que se queda en casa más de lo debido y minimiza los efectos de la cuarentena, tales como las pérdidas en el aprendizaje de los niños que no van al colegio y que no disponen de buenos sustitutos en casa y sus efectos futuros en, por ejemplo, la generación de ingresos.

Lamentablemente, la idea de crear un mercado de “derechos de interacción” es imposible de implementar, por obvios motivos. No obstante, resulta interesante pensar cuál sería el equilibrio que buscaría ese planificador central imaginario. Desde esta perspectiva, y sin que deje de ser una mirada teórica, buscaríamos reducir el número total de interacciones, compensar a quienes se queden en casa y que aquellos que realmente necesitan salir, salgan.

Si bien la lógica de las medidas tomadas por el gobierno tiene la misma dirección, resulta sumamente impopular, creo yo por tres razones: Primero, no logra que las personas que reciban la compensación reduzcan sus interacciones. Segundo, no consigue que distingamos entre las interacciones necesarias y las prescindibles.

Tercero, para algunas personas es difícil aceptar que debemos reducir las interacciones y buscan mantener la vida que tenían antes de esta crisis.

Lo cierto es que la pandemia nos obliga a modificar nuestros comportamientos y reorganizarnos, en muchos casos, sin las señales del mercado. La tarea es monumental, pero no tengo dudas que la solución pasa por seguir uno de los más famosos eslóganes de Lego: “construyamos juntos”.